

FIESTA DE LA PURIFICACION DE LA SANTISIMA
VIRGEN

TERCERA INSTRUCCION

El santo anciano Simeon.

I. Su justicia. — II. Su temor de Dios. — III. Su expectacion del consuelo de Israel.

Porqué el Evangelio, que nos refiere t n brevemente los dos conmovedores misterios de la Purificacion de Santisima Virgen y de la Presentacion del Niño Jesus en el templo, se estiende con tanta complacencia en lo que respecta al anciano Simeon? Es que este venerable anciano, que h  vivido de manera que h  merecido ver con sus ojos, en este mundo, al Salvador prometido   sus padres, nos es presentado como un modelo que imitar, si queremos merecer   nuestra vez el ver   este mismo Salvador en el reino de su gloria. Estudi mos, pues, un modelo t n util, considerando los tres principales rasgos que el Evangelio nos señala en él,   saber; su justicia, su temor de Dios, su expectacion del consuelo de Israel¹.

1. *Ecce homo erat in Jerusalem, etc. Senes instruuntur exemplo Simeonis. 1  Spemant mundum. 2  Vitent avaritiam. 3  Consilio aliis et exemplo preluceant. 4  Pietati liberius vacent. 5  Præparant se ad mortem. 6  Libenter hinc emigrent* (Faber. *Op. conc. In festo Purific. conc. 5.*) — *Segun esto, habia en Jerusalem un anciano llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios. Precio y ventaja de la piedad y del temor de Dios. La piedad y la religion son lo corona de la ancianidad. Nada t n venerable como una vejez embellecida por la virtud y la santidad. Nada, por el contrario, t n triste y repugnante cómo un viejo impio; esto es una monstruosidad. — El Santo Espiritu estaba en él. Feliz el que se deja dirigir por las luces y las inspiraciones de Espiritu Santo! — Impulsado por el Espiritu Santo, fué al templo. Simeon en el tem-*

I. — *Su justicia.* — *Segun esto habia en Jerusalem, nos dice el Evangelio, un hombre llamado Simeon¹. Era un sacerdote? era un*

plo: a) El Espiritu Santo es su guia; b) el templo, su refugio; c) la f , su consuelo; d) el temor de Dios, su vida; e) el Salvador, su alegria; f) la muerte, su deseo. (Dehaut. Evangelio explic, 1. p. 2. sec. p. 12.)

1. Este hombre   quién el Evangelista d  una t n grande importancia, residia en Jerusalem. Esto era una gracia insigne. Porqué? Ah! es que Jerusalem era la capital de esta Judea de la cuál se habia escrito: *Dios es conocido en la Judea, y su nombre es grande en Israel. Ps. LXXV, 1.* Los Judios solos,   quiénes se habia de nuevo revelado por Moises, habian guardado intacta esta *ciencia de Dios* sin la cuál el Espiritu Santo nos dice que el hombre no es más que una sombra vana. Sap. XIII, 1. Alli se encuentra todos los depositos divinos, la religion instituida, el sacerdocio legitimo, el templo con su *Sancta sanctorum*, y el arca de la alianza, el culto aprobado, los sacrificios aceptados, la Escritura, la ley, las promesas, los fundamentos de la fé, de la esperanza, y de todas las virtudes verdaderas, todos los manantiales de la vida sobrenatural y la sustancia de las gracias sin las cuáles nadie puede ser salvado. En ningun otro lugar del mundo, Dios no abajaba entonces una mirada t n luminosa, t n benefica, t n complaciente y t n paternal. Veia la representacion, la preparacion, la semilla de esta santa Iglesia catolica que, comprada con la sangre de Jesus, debia sér su esposa celestial y  terna. Es, con razon, de esta mirada divina en el esplendor y la dulzura de la cuál vivian los verdaderos Israelitas, como tambien, sin duda, con razon que el ojo de su corazon descubria y , que esta ciudad unica llevaba este nombre t n bello de Jerusalem, que significa *vision de paz.* — Gracia grande, ventaja preciosa, socorro inestimable el nacer y habitar en los lugares bendecidos por Dios y el vivir en santas compa as. Hija de la Iglesia, Dios h  hecho este don, y nunca le estaréis bastante agradecidos. Pero eso no es, en suma, más que una condicion muy favorable, y preciso es venir   aprovecharse del don de Dios suministrandoselo   si mismo, y  en este lugar en donde reside, y  en esta compañia de la cuál se está rodeado. En vano muchos Judios decian: *el templo del Señor! el templo del Señor!* Jer. VII, 4. Nosotros lo poseemos, es bastante; él nos protege, nada debemos temer. — Para lo que, por el espíritu, no eran ellos mismos para

doctor de la ley? Los sabios discuten sobre esto, en parte sin grande interes, pero sin poder afirmar nada¹. Lo que sabemos de

Dios, verdaderos templos, este templo exterior de nada servia, ó mejor, era la razon de una condenacion más severa. Asi acontece, ay! con muchos catolicos: están, á la verdad, en la Iglesia de Jesus; pero por util que esto sea y aun necesario, si esto es todo, qué les reportará, sinó el sér incomparablemente más culpables, y amenazados, por consiguiente, de un juicio más terrible? No se salva fuera de la Iglesia, cierto es; pero aun en la Iglesia, no se salva más que si, observando la ley que impera, y recibiendo los sacramentos que Dios há depositado, se profesa la fé que se predica, se obra con la caridad que es de ella el alma, Gal. v. 6, y se inspira de este Espiritu de Cristo que dá á todo la vida y la eficacia. Qué Dios conceda privilegios, es muy sencillo; es libre de hacerlo; pero él es tambien santo y no dispensa á nadie de esta virtud. Simeon lo sabia. «Segun el cuerpo, escribe San Atanasio, (Discurso sobre el encuentro de N. S.), él habitaba en la Jerusalem de la tierra; pero al mismo tiempo, segun el espiritu, tenia su residencia en esta Jerusalem de arriba de la cuál Dios mismo es el fundador y el arquitecto.» Hebr. xi, 40. Es lo que el Evangelista entendiendone revelarnos cuando dice que *este hombre era justo, timorato y vivia en la expectacion del consuelo de Israel*. Gay. Confer. á las madres cristian. 36. conf.

1. Hablase en el Talmud, Zach. fol. de un celebre doctor llamado Simeon el Justo, hijo, del celebre doctor Hillel, de la familia real de David, y padre del doctor Gamaliel, del cuál San Pablo se glorificaba haber sido el discipulo, y que pareceria haber sido presidente del Sinedrin, hacia el año 13 de la era cristiana. Muchos criticos piensan que es el mismo de que habla San Lucas. Ved, Drach, *de la armonia de la Iglesia y de la Sinagoga*. vol. 1. p. 145. Otros, Michaelis, Sepp, etc., piensan que este rabino Simeon no podia ser un anciano, cuando la presentacion de Jesucristo en el templo, creen que el Simeon del Evangelio es el mismo que el historiador Josefo designa bajo el nombre de *Siméa ó Siméas*, con la terminacion griega, estas dos palabras forman el mismo nombre, con excepcion de un cambio de vocal. Este Simeon nos está representado por Josefo, como un hombre *justo*, intrepido, y sín respeto humano, colocando los deberes de la conciencia por en-

cierto con este motivo, es lo que el Evangelio, desdeñando todo lo demas, como inutil, nos enseña, á saber, que *era un hombre justo*. Pero en qué consistir la justicia de Simeon? Consistia solamente en no agraviar á nadie? en no querer, ni tomar, ni guardar nada que no le perteneciera? Si la justicia de Simeon se hubiese limitado á esto, hubiese sido muy incompleta. Esto hubiera sido lo que el mundo llama probidad y honradez, nada más. La justicia de Simeon era otra cosa que esto. Era la justicia tal cómo la entiende la Santa Escritura, y esta justicia es el conjunto de todas las virtudes, la santidad misma. En efecto, cuando la Santa Escritura habla de los personajes de mayor merito y de la virtud más acabada, se limita á darles el titulo de justos. Es así como son llamados en la antigua ley, Abel, Noe, Abrahan y Moisés¹; y en la nueva, San José, todos los elegidos y nuestro Señor mismo². Simeon no vivia solamente como hombre honrado, vivia como santo; no se limitaba á llenar con exactitud sus deberes con los hombres sus semejantes, cumplia con no menos fidelidad sus deberes consigo mismo y con Dios. Hé aquí cuál era la justicia de Simeon. Y es viviendo de este modo como él mereció ver antes de morir al Salvador de los hombres.

Pues bien, es tambien imitandole, y solamente viviendo de esta suerte, como mereceremos el ver al Salvador en el reino de su gloria. No créamos que nos baste el sér hombres honrados, y el poséer solamente la justicia del mundo. No créamos que nos baste el no

címa de todas las consideraciones, hablando á los mismos reyes con una altivez noble, descubriendo de antemano los resultados del porvenir, anunciando á Herodes su futuro encumbramiento y viendo su prediccion confirmada. Ved. Josefo. *Aul.* xvi, q. 4, 17, etc. Mejor valdria la ignorancia confesada, que el perderse en congeturas que nada pueden probar. (Dehaut. *El Evangelio explic.* 1. p. 2. sec. 12. — Cf. Corn. á Lap. *Comm. in Luc.* II, 25.

¹ Mat. xxiii; Gen. vi, 9; Rom. iv, 3; Exod. xxxiii, 11.

² Mat. iii, 15; Sap. iii, 1 y 7; Mat. xxi, 37; Act. iii, 14; i. Joan. ii, 4

quitar nada á nadie y pagar escrupulosamente nuestras deudas. No, no créais que esto baste. Séguramente, esto es mucho, y aun necesario é indispensable; pero es preciso otra cosa, el cumplir nuestros deberes con Dios y con nosotros mismos, como lo hacia el santo anciano Simeon. Es necesario, por consiguiente, no solamente no ultrajar á Dios con blasfemias y juramentos, sino tambien honrarle suplicandole, celebrando sus élogios y exaltando sus perfecciones. Es preciso, no solamente abstenerse de obras serviles en los dias festivos, sino tambien asistir con piedad, en estos dias, á los oficios de la Iglesia. Y en lo concierne á nuestros deberes con nosotros mismos, debemos évitár no solamente las acciones que, conocidas, nos atraerian el menosprecio de los hombres; sino hasta el pensamiento y el deseo de estas acciones, pues los malos pensamientos y los malos deseos no están menos prohibidos por Dios que las mismas malas acciones. — Debemos extirpar de nuestro corazon hasta las raices del mal, que son nuestras pasiones y nuestros vicios. Cambiémos, pues, de via, y realicémos en toda su estension la primera condicion para merecer el ver á Jesus en el cielo, que es la practica total de la justicia humana ¹.

1. La idea la más exacta que, en sentido cristiano, se pueda hacer de un justo, es el de concebirle como un hombre que, conformandose siempre y de todas maneras con la voluntad divina, se ajusta en todo á los designios de Dios sobre su vida. Lo que el molde es á la materia en efusion que se cuela, los pensamientos de Dios son á las criaturas. Solamente la conformidad de la materia al molde, siendo natural y fatal, no produce más que *un ajuste*; la de las criaturas á los designios de su criador, siendo libre y moral, constituye *una justicia*. Lleno de respeto por la soberania de Dios y de confianza en su sabidaria, el justo no vé en las significaciones, cuálesquiera que sean, de la voluntad divina, y, por éjemplo en las leyes que ella intima y en los acontecimientos que ella ordena ó permite, más que formas particulares de esta razon suprema, de este arte infinito que es la inteligencia misma de Dios: formas activas y eficaces que ván á transformarse en idea divina realizada al exterior toda alma que, dandose para sufrirlas, entregáse bastante para adoptarlas. El que sinceramente convencido de esto, hace

Tál es la leccion que se nos dá por la consideracion á la justicia del venerable anciano Simeon. Vámos á ver ahora lo que nos enseñará á su véz la consideracion de

II. — *Su temor á Dios*. — El anciano Simeon, tán fiél obser-

de su conviccion la regla de su conducta, y permanece asi siempre do-cil á la accion multiple é incesante de Dios, ése es un justo. Asi Dios habla, el justo escucha; Dios afirma, el justo cree; Dios invita, el justo accede; Dios le guia, él se deja conducir; Dios le quiere en tál condicion, él cuida de no desear otra; Dios le confia tál obra, él la ejecuta con todo su corazon; Dios le obliga, él se resigna y bendice esta mano que prueba más que castiga, y no castiga más que por amor. Apoc. III, 19. Este hombre hace siempre el bien, procura hacerlo lo mejor; cómo Jesus, mira hacia arriba y tomalo por modelo. Joan. v, 19. Su alma es un espejo vivo de las concepciones divinas, y su vida un reflejo del cielo. Vive bajo la influencia y en la dependencia de Dios, que le gobierna por sus preceptos, por los poderes regularmente instituidos, especialmente por esta ley y esta autoridad intima que somete en nosotros la conciencia, y por ultimo, por las diferentes circunstancias por las cuáles lee hace sucesivamente pasar. Este hombre es, desde entonces, lo que debe ser con todos. No hay deuda que no satisfaga, ni obligacion que declíne, ni sacrificio impuesto que rehuse. Dá á cada uno lo debido: á Dios, al projimo, y á sí mismo, coloca cada cosa en su verdadero lugar, y trata á cada persona segun sus derechos. Detesta el mal tanto cómo ama el bien; no contentandose por otra parte con indignarse y gemir, sino combatiendo, como él puede y por los medios permitidos. En suma, tiene los ojos de su corazon siempre fijos en el gran ideal de Dios que es el éjemplar de todas las criaturas, Jesus, el Verbo hecho carne, la idea divina hecha hombre, forma suprema de la perfeccion, y por eso mismo (San Pablo lo dice) de toda prédestinacion. Rom. VIII, 29. Ese es su molde, y es ajustandose á él cómo es justo. La fé le hace entrar; el amor hace que se desprenda y tome exactamente la forma; la santa perseverancia hace que la guarde; y la gloria, que él merece por eso, lo fija para siempre. Es asi como Dios está todo en él y cómo él mismo está todo en Dios: es asi como todo su sér está establecido, yá por otra parte en el fin consumado de la verdad, y esa es la justicia perfecta, como tambien la santidad y la beatitud. (Gay, loc. cit.)

vador de la ley, temia á Dios? No se podria dudar, puesto que nuestro Evangelio lo afirma: *Temia á Dios*, y está dicho positivamente.— Pero, porqué temia á Dios, y cómo le temia? No temia á Dios cómo los malos servidores temen á sus amos, los cuáles no haciendo nunca lo que les está mandado, ni de la manera que les está encargado, no tienen que esperar, más que reproches, amenazas, y aun la expulsion de la casa, sin hablar, algunas veces, de las persecuciones ante los tribunales por robos y malversaciones. El venerable anciano Simeon temia á Dios, cómo un niño biennacido teme á su padre. Tenia siempre miedo de no hacer bastante bien lo que ejecutaba, y de no contentar á Dios tanto cómo desearia.— De suerte, que su temor de Dios no servia más que para perfeccionar su justicia, llevandole á cumplir todos sus deberes con una extremada exactitud. Era este temor del cuál habla el Espiritu Santo, que no solamente es el principio, sino que es tambien *la corona de la sabiduria*¹; este temor que, por otra parte, no turba ni asusta, sinó que *llena el corazon de alegría, de gozo y de satisfacion*².

1. Eccli. i, 41.

2. Eccli. i, 12.— *Et ecce Simeon...* qui justus erat in omni operatione boni, et timoratus in cautela mali; vel justus, recte se habendo ad proximum, et timoratus quoad Deum, quia difficile justitia sine casto et filiali timore Domini, custoditur: timor enim Domini, justitiæ et cæterarum virtutum custos est, quia quanto justus ardentius Deum diligit, tanto solertius offendere cavet. Illorum enim operationem comitatur justitia, quorum mentes timor Dei illuminat, testante psalmista, qui ait: *Beatus vir qui timet Dominum*, etc.; et Salomone, qui dicit: *Qui timet Deum, nihil negligit* (LUDOLPH. *Vita D.-N. J.-C.* p. 1. c. 12. n. 8). — *Timoratus...* id est religiosus, qui timet et reveretur Deum, cavetque studiose ne eum offendat (CORN. A LAP. *Comm. in Luc.* II, 25). — *Justus et Timoratus...* *Timoratus*. Unum sequitur ex altero, nam quanto quis sanctior es, eo est et timidior. Primo, quia novit quod eum possit velut navem demergere minimus ventus. Secundo, quia non ignorat quod contra sanctionem diabolus acrius accendatur. Tertio, quia considerat

A ejemplo de Simeon, esforcémosnos, por comprender y conservar en nosotros este mismo temor. Sin duda, Dios es nuestro Criador, y el soberano Dueño del universo; su mano está armada con todo su poder, y puede herir de una manera terrible á los desprecia-dores de sus voluntades y á los violadores de sus mandamientos. Así los malvados cómo los impios no tienen más que demasiados motivos para temer sus justas venganzas. El dia no está lejos, cualquiera que sea la duracion de su vida, en que serán arrojados por la muerte á su temible presencia. Entonces sabrán lo que cuesta el haber voluntariamente olvidado á Dios, ó tambien, haberle intencionalmente desdeñado y ultrajado.

Pero Dios no es solamente nuestro Criador y nuestro Señor; es por encima de todo, nuestro Padre, y es principalmente este titulo que debe hacernos temer el ofenderle. Si no fuera más que un Dios vengador, su venganza le satisfaria por nuestras ofensas, y todo estaria terminado. Pero siendo Dios nuestro padre, y cualquier castigo que nos imponga, nos queda siempre el haber ofendido á un padre infinitamente bueno, y ninguna expiacion puede igualar, ni borrar nuestro crimen. Es por esto que tantos santos han expresado este pensamiento, de que hubiéran ellos mejor deséado ir al infierno, siendo inocentes, que el ofender á Dios. Porque yendo al infierno, inocentes, habrian sufrido sin duda horribles suplicios; pero no habrian tenido, por lo menos, que reprocharse el haber ultrajado á su padre celestial¹.

successus in pluribus sanctis qui ceciderunt. Quarto, quia perseverantia est donum misericordiæ Dei gratuitum, et timet ne ex secretis suis judiciis manum suam subtrahat (DE LANUZA, *Hom. quadrag.* Index conc. In festo Purific. n. 26 et 27).

1. Simeon era justo;... además era *timorato*. Quién no lo fuera careceria seguramente de justicia consigo mismo; se desconoceria, ó se haria ilusion sobre la vida de la tierra. El mundo es malo; el Espiritu Santo dice *malvado*, I. Joan. v, 19; y el hombre, aun justificado, permanece deplorablemente debil. Sigúese de esto que la vida et peligrosa. Dios la llama una prueba, una tentacion, un combate; Job. vii, 1; quién dirá lo contrario? Si, temer, temer el mundo, temerse á si mis-

Entrémos, cristianos, en estos sentimientos que eran los del anciano Simeon. Temámos á Dios cómo él le temia, y nuestro temor

mo, y mezclar con esta confianza filial en Dios, que debe dominar todo en un alma cristiana, esta desconfianza de si y de las cosas de cuya ausencia no puede venir más que la ceguedad y produce siempre la imprudencia, esto es un deber, y un deber para todos. *Dichoso*, dice el Sabio, *el hombre que es siempre temeroso*. Prov. xxviii, 14. Tomadle en el buen sentido, y no os dejéis asustar. No se trata, gracias á Dios, de vivir asustados, ni menos en la inquietud. El temor que Dios alaba aquí, no es triste, no es tampoco molesto. Lo mismo acontece con todo lo que contiene á las almas y las hace pusilánimes. Demasiados cristianos lo son; no porque ellos son cristianos, sino porque no lo son bastante, y por que en el fondo su naturaleza es así. La gracia tiende á corregir todo; la verdadera virtud estiende, eleva y dá fuerzas. A decir verdad, este santo temor es á las almas lo que un calzado es al pie, lo que el vestido es al cuerpo. Que es un calzado? Un medio de afirmar el paso y un préservativo contra las asperezas del camino. Y qué es un vestido? Una defensa contra la intemperie de la atmosfera y una garantia para la salud. Tal es precisamente el caracter moral del temor, y tal su empleo. Liberta lejos de sujetarnos; tranquiliza en lugar de asustar. Tomar con anticipacion y á tiempo las précauciones requeridas, es economizarse mil cuidados minuciosos que lleva la enfermedad cuando se ha contraido. — Por un lado de nuestra alma, y aun despues de esta sancion de nuestras raices morales que se hace por la infusion en nosotros de la gracia santificante, quedamos convalecientes. Nadie hará que la higiéne no sea necesaria á un convaleciente, sobre todo cuando el clima en que se debe vivir es malsano; y vosotros sabeis si, para las almas, este mundo es un clima salubre. Simeon era timorato. Este temor era el aroma de su justicia, la envoltura preciosa de su gracia, la muralla de su fidelidad. No dudo que ella no fué uno de los secretos de esta longivididad, de esta juventud de espíritu, de esta frescura de sentimiento, de este ardor del corazon, de este poder de entusiasmo, y por ultimo, de esta abundancia de vida interior de que el Evangelio nos muestra muy claramente que él disfrutaba en sus últimos años. Conservád, pues, esta virtud, seguros de que ella conservará en vosotros todas las demas. (Gay. *loc., cit.*).

será la garantia más poderosa de nuestra justicia, como la de Simeon lo fué de la suya. — Cuál fué, en ultimo lugar,

III. — *Su expectacion del consuelo de Israel*. — Qué quiere decir esto: *Vivia en la expectacion del consuelo de Israel*? El consuelo de Israel, era el Mesias prometido al pueblo hebréo, y que debía consolar á este de sus largos dolores, por otra parte demasiado merecidos. Simeon vivia, pues, en la expectacion de este Mesias, mientras que otros muchos adoptaban quizás facilmente su partido por las tardanzas de la venida del Mesias, aplazada más y más á causa de las infidelidades multiplicadas del pueblo élegido; Simeon, por el contrario, cómo los antiguos patriarcas y profetas, suspiraba por esta bendita venida, y vivia de la manera las más santa que podia, con el fin de apresurar la hora. Así tuvo el honor, antes de ver al Ungido del Señor, de ser advertido por el Espiritu Santo de que no moriria sin haberle contemplado con sus ojos¹.

1. *Exspectans consolationem Israel*. Id est exspectans adventum Messie sive Christi, qui consolaturus et liberaturus erat Israël, id est populum fidelem a Satana, Herode, Romanis, Scribis et Pharisæis oppressum; quia communis boni avidus, « populi magis gratiam quam suam requirebat, » ait sanctus Ambrosius. Sciebat enim Simeon ex translato a Juda sceptro ad Herodem, juxta oraculum Jacob, Gen. xlix, 10, et ex completis septuaginta, Daniel, cap. ix hebdomadis, aliisque prophetiis, Christi adventum instare, ut Israelem, id est fideles ab omnibus malis eriperet, puta tam a peccatis, quam a miseriis omnibus, partim in hac vita, partim in futura. Christus ergo est fidelium consolatio, quia extra Christum nulla salutis est spes, sed mera desperatio et desolatio. Hinc Isaias Christi adventum promittens, cap. xl, vers. 1: *Consolamini*, ait, *consolamini, popule meus, dicit Deus vester: loquimini ac cor Jerusalem*. Et cap. li, 3: *Consolabitur Dominus Sion*. Et cap. lxi, 1: *Spiritus Domini super me*, etc., *ut consolaretur omnes lugentes*. Et paulus, II. Cor. i, 5: *Sicut*, ait, *abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra*. Tempore Christi enim erat afflictissimus tam reipublice quam Ecclesie Israelis status. Respublica enim eorum suis carens principibus, erat sub jugo Herodis et Romanorum infidelium Ecclesia

Cuándo recibió Simeon esta seguridad? Con mucha anticipación seguramente, á fin de que habiendo sido probado el mayor tiempo posible, su fé le hiciése más digno del espectáculo divino que le estaba reservado, y más apto para apropiarse la gracia. En todo caso, tenia esta respuesta que brillaba como un sol en medio de su corazón. Ella era el centro de su vida, y la revestia enteramente de un carácter de elevación, de pureza y de serenidad inefables. Qué impresión debia hacer sobre semejante alma, en posesión de una promesa parecida, ya cada día nuevo, ya cada aurora? Las horas para Simeon no eran ya horas; eran los pasos más y más cercanos de Aquel que llegaba. El tiempo que arrebatava nuestra vida, le traia la suya. Los años que para nosotros vienen cargados de peso, le quitaban poco á poco el suyo. Vivía *esperando el consuelo de Israel*. Quién podia decir como él que, mientras que su cuerpo envejecia, su alma se renovaba sin cesar y era más joven¹?

No menos favorecidos que Simeon, nos ha sido revelado, á nosotros también, que veremos con nuestros ojos al Mesias ya *vero sub jugo impiorum pontificum, scribarum et pharisæorum, qui quales fuerint, quantumque populum oppræsserint, et in quantos errores et vita abduxerint, docet Christus toto cap. xxiii, 5, Matth. Ad utriusque ergo liberationem, vel consolationem per Messiam accedendam expectant Simeon cæterique pii Israëlitæ* (CORN. A LAP. *Comm. in Luc. II, 25*). — *Et responsum* (oraculum et promissum divinum) *acceperat a Spiritu Sancto* (per internam inspirationem) *non visurum* (expecturum) *se mortem, nisi prius videret Christum Domini*, id est Messiam unctum unctione Spiritus Sancti et gratiæ plenitudine, Is. xi, 2. Quare Simeoni hic privilegium eximium et rarum a Deo concessum est, scilicet ut ante mortem videret Christum natum. Qua in re Abrahamum, Isaac, Jacob, Mosen, omnesque patriarchas et prophetas superavit, qui, ut ait apostolus, *juxta fidem defuncti sunt, non acceptis repromissionibus* (de Christo Christique gratiis et beneficiis), *sed a longe eas aspicientes et salutantes*. Hebr. xi, 13. Hinc liquet Simeonem singularis fuisse sanctitatis sanctique desiderii et zeli, qua assidue suspirabat orabatque pro adventu Messie ideoque eum videre meruit (Id. *ibid.* 26).

1. II. Cor. iv, 6. 1. Gay, loc. cit.

nido, y que lo veremos, no en esta vida sino en la otra¹. Pero esta seguridad que tenemos de ver á nuestro Salvador, produce en nosotros la misma impresión y los mismos efectos que en Simeon? nosotros creemos en esta venida, puesto que es una de las verdades de nuestro símbolo, y al negarla dejaríamos de ser cristianos. Todos los días la pedimos también á Dios, por lo menos con los labios, cuando decimos al recitar la Oración dominical: *venganos el tu reino*. Pero nuestro corazón la pide al mismo tiempo que nuestros labios? Suspiramos por ella como hacia Simeon? Hay una señal infalible para reconocer cuáles son nuestros verdaderos sentimientos respecto de esto. Si consideramos la venida de nuestro Salvador como un consuelo, y si la deseamos con un corazón sincero, seguramente no tendremos grande apego á los bienes de este mundo, es decir, á las riquezas, á los placeres y á los honores; puesto que mientras que estos bienes estarán ó podrán estar en nuestra posesión, nosotros no veremos á Dios. Examinémosnos,

1. Lo que estaba solamente prometido á Simeon nos está acordado; lo que él esperaba, nosotros lo poseemos; lo que él deseaba, nosotros lo disfrutamos. El no conoció á Jesus más que en su primera infancia. Nosotros lo conocemos en toda la continuación de su vida; en la admirable doctrina que há dado al mundo; en los milagros de que se asombró la Judea; en su amor por nosotros, del cuál nos há dado pruebas brillantes y multiplicadas, hasta sufrir por nosotros una muerte tan ignominiosa como cruel. Porqué nuestra fé es tan debil y tan languida? Reanimémosla con el ejemplo de este venerable anciano. Transportémosnos en espíritu al templo de Jerusalem, en el momento en que pasa esta escena tan tierna. Contemplémos este contraste vivo del anciano que en el niño que tiene en sus brazos, reconoce á su Dios, le adora y lo celebra con sus canticos. Este Jesus que excita los transportes tan tiernos de Simeon, está continuamente en medio de nosotros. Si él se oculta bajo las especies eucarísticas, cómo á los suyos bajo los velos de la Infancia, él se revela á nuestra fé como á la suya. Recibámosle, pues, con los sentimientos de reconocimiento y de amor que animan á este santo hombre. (La Luz. *Explic. del Evangelio de la fiesta de la Purificación*.)